

LA "AUTORIDAD MORAL": SIGNIFICANTE EN LA ENCRUCIJADA DE DOS DIMENSIONES IRRECONCILIABLES, LO POLITICO Y LO ETICO

*L*a sola mención de "autoridad moral" evoca de inmediato la integridad personal y/o profesional de la persona que la pronuncia, o a quien se alude, ésta debe ser creída y obedecida sin necesidad de acudir a ninguna prueba o medio de coerción físico o argumentativo, sino por la única razón de su prestigio (del latín *praestigium*, embaucamiento; o sea "engaño realizado por artes de magia"). Lo más desconcertante en un primer momento podría ser la falta de escrúpulos y el descaro con que actúan, en las esferas pública y privada, los que tienen vínculos con el poder.



*J'aimerais tenir l'enfant de Marie
 Qui a fait graver sous ma statue
 "Il a vécu toute sa vie
 Entre l'honneur et la vertu"
 Moi qui ai trompé mes amis
 De faux serments en faux serments
 Moi qui ai trompé mes amis
 Du jour de l'An au jour de l'An
 Moi qui ai trompé mes maîtresses
 De sentiment en sentiment
 Moi qui ai trompé mes maîtresses
 Du printemps jusques au printemps
 Cet enfant de Marie je l'aimerais là
 Et j'aimerais que les enfants ne me
 regardent pas.*

(Canción de Jacques Brel)¹

(Me gustaría tener el hijo de María
 Que hizo grabar debajo de mi estatua
 "Ha vivido toda su vida
 Entre el honor y la virtud"
 Yo que he engañado a mis amigos
 De falsos juramentos en falsos juramentos
 Yo que he engañado a mis amigos
 Desde el Año Nuevo hasta el Año Nuevo
 Yo que he engañado a mis amantes
 De sentimiento en sentimiento
 Yo que he engañado a mis amantes
 Desde la primavera hasta la primavera
 Este hijo de María quisiera tenerlo aquí
 Y quisiera que los niños no me miren)

En cada época, con variaciones locales más o menos marcadas y durante periodos más o menos largos, imperan ciertos significantes reconocidos, en el sentido que le dan Althusser y sus seguidores al mecanismo ideológico de reconocimiento, por los sujetos así cohesionados bajo la hegemonía que presenta grados diferentes de integración según los diferentes momentos; son, pues, "dados por supuesto", y por eso mismo generalmente incuestionables; más todavía, su mayor eficacia resulta de esta doble característica. En cada época marcada por tales o cuales significantes, coexisten igualmente sujetos que, en casos extremos, añoran un pasado remoto o reciente en el cual desempeñaron o hubieran desempeñado un papel, o anhelan un futuro más justo en el cual ocuparían el lugar que les corresponde; son los que, marginales, redentores, chivos expiatorios, profetas, etcétera, o simplemente disconformes, cuestionan dichos significantes desde su propio ser o desde una parte o la totalidad de sus prácticas.² En



los espacios siempre conflictivos de la reproducción social, dichos significantes son, junto con un sinnúmero de otros elementos socio-culturales, diferentemente tangibles y distintamente significativos, donde materializan y expresan,

ser una constante—, puede conducir en los casos extremos a la locura del sujeto, fenómeno que sabemos es siempre social, como al cambio de su entorno. La coyuntura social será siempre determinante sobre su marginalización, o su socialización por medio de la transformación de lo real.

¹ J. Clouzet, *Jacques Brel*, Ed. Pierre Seghers, Vienne, 1964, p. 136.

² Este punto es uno de los privilegiados para trabajar el papel del individuo en el cambio social, ya que tal disconformidad, mientras dure, y sobre todo cuando dura —no olvidemos que su ubicación cronológica en la vida del sujeto bien podría



en mayor o menor grado, unas apuestas de las luchas por el poder.

Desde hace algunos años, al lado de significantes anteriores que permanecen, desplazados o reforzados, o en lugar de ellos, se ha destacado una nueva serie que apunta a fenómenos similares entre sí. Al significante de "renovación moral" difundido a nivel nacional, correspondió en la ENAH el de "autoridad moral", que tomó el lugar del de "democracia", permanece todavía en telón de fondo.³ Lo más desconcertante en un primer momento podría ser justamente la falta de escrúpulos y el descaro con los cuales pueden actuar, en las esferas públicas y privadas, los que tienen vínculos más o menos estrechos con... el poder, si esta contradicción aparente no fuera precisamente parte de su propia eficacia, que ya la sabiduría popular plasmó en varios dichos y que yo intentaré discernir aquí.

³ Ver mi ponencia "Más allá de la verticalidad y de la horizontalidad, un caso de transversalidad", la ENAH en 1990", presentada en el III Congreso de Investigadores del INAH.

Esta ponencia empezará pues por presentar los dos niveles del significante "autoridad moral" que, por lo menos en la época actual y bajo ciertas condiciones que le imponen las circunstancias socio-culturales, son consubstanciales: por un lado el significado que vehicula espontáneamente; por el otro lo real que oculta.⁴ En la segunda parte presentaré un primer esbozo de explicación de este fenómeno a partir del rastreo de cada uno de los significantes que provienen de campos teóricos distintos, y en cuya yuxtaposición reside la significación del nuevo significante constituido y la eficacia del mecanismo.

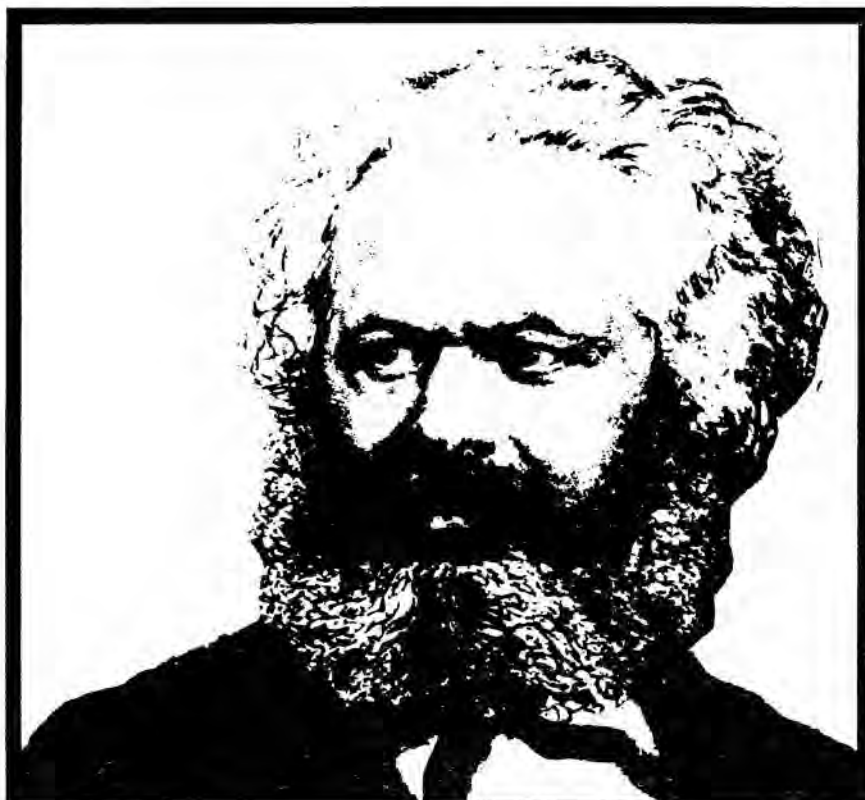
Las simples palabras "autoridad moral" remiten inmediatamente a la evocación de tal integridad personal y/o profesional de la persona que las pro-

⁴ Así, este mecanismo, cuya explicación y contenido son inconscientes aun cuando su utilización oscila entre la inconsciencia y la conciencia, es una de las concreciones de la "mistificación". Ver el proyecto de investigación *La mistificación: un mecanismo de la ideología*, que presenté en una mesa de trabajo del DEAS, el 17 de mayo de 1985.

nuncia, o a quien se alude; ésta debe ser creída y obedecida, sin necesidad de acudir a ninguna prueba o medio de coerción físico o argumentativo, por la única razón de su prestigio.⁵ Hablo a conciencia de creencia puesto que justamente esta persona es su propia legitimación afuera de toda prueba objetiva y que esta legitimación depende de los fenómenos subjetivos fundamentales imaginarios de creencia y de fe.⁶

⁵ No es casual si, proveniente del latín *praestigium*, embaucamiento, el primer sentido de esta palabra sea "engaño realizado por artes de magia". Ver M. Moliner, *Diccionario de uso del español*, Ed. Gredos, Madrid, 1981, tomo II, p. 837.

⁶ Así, si bien pienso que Gadamer, *Vérité et méthode*, Ed. du Seuil, Paris, 1976, reservando a la "verdadera autoridad", que "no tiene necesidad de afirmarse sobre el modo autoritario" (p.119, traducción mía) lo que yo llamo autoridad moral, acierta con uno de sus aspectos fundamentales: "reconocemos que el otro nos es superior en juicio y en perspicacia, que su juicio se nos adelanta, que tiene preeminencia sobre el nuestro", yerra en la interpretación de otro, el que sustenta, de su propio decir, todo el mecanismo: "la autoridad de las personas no tiene su fundamento último en un acto de sumisión y de abdicación de la razón, sino en un acto de aceptación y de reconocimiento. (...Esta)



Marx



En efecto, lo que llama la atención cuando se ubica este fenómeno en un contexto micro,⁷ en el cual la prueba puede ser considerada, es justamente la ausencia preponderante de cualquier objetivo sensible, en el sentido que precisé en la nota precedente. Cuando se acude a las garantías objetivas, ya que nadie puede vivir sin pruebas, no por la búsqueda de la veracidad sino por la de la certeza, éstas están físicamente fuera del alcance en el momento oportuno, o remiten a una legitimación nuevamente subjetiva, y más específicamente consensual.

Llegamos al fin a tocar algunos elementos —todavía a escala del fenómeno y no de sus determinaciones más analíticas— que fundamentan y posibilitan, junto con otros que mi presente enfoque me permite descartar, dicho fenómeno, y que implican mecanismos

autoridad descansa sobre el reconocimiento, por consiguiente sobre un acto de la razón misma que, consciente de sus límites, acuerda a otros una mayor perspicacia" (p. 118, traducción mía). Aun cuando no me puedo extender sobre este mecanismo, fundamental en el proceso de "asujetamiento", no puedo dejar de señalar que el reconocimiento no tiene nada que ver con la razón, y en caso de que lo tenga, es siempre *après-coup* para... racionalizar, o sea, justificarse a sí mismo.

⁷ He aquí uno de los tantos argumentos para recalcar la importancia del trabajo de campo en nuestro oficio: el interés de rescatar las situaciones micro en cuanto permiten recuperar la dimensión sensible, tomando para esta última palabra su sentido más estricto de "perceptible por los sentidos", del hecho etnográfico; con la importancia dada, con toda razón, a su aspecto subjetivo siempre construido, se llegó a minimizar demasiado aquel aspecto objetivo. Sería interesante ahondar más sobre diferentes características *contextuales* en las que interviene el significante que nos ocupa.



subjetivos. Esta autoridad, que descansa sobre la imagen⁸ de quien la ejerce, es una de las tantas modalidades que reviste la violencia, particularmente bajo su forma subjetivo-simbólica. Consiste en intervenir sobre lo más propiamente subjetivo, es decir lo imaginario de los sujetos, por medio de símbolos y representaciones significativos de su historia⁹ que actúan en última instancia sobre el principio de placer: en el sentido de su satisfacción provocando su adhesión; en el sentido de su impedimento, llevándolo a su evasión; la zanañoria y el bastón transpuesto a nuestro

⁸ Con esta palabra quiero sobre todo destacar la distancia que se da ineludiblemente entre uno y su aprehensión por el otro. Así, debajo de este término, incluyo tanto la imagen de la propia persona como de sus productos susceptibles de autonomía. Toda imagen se materializa. Entre sus múltiples materializaciones, quiero enfatizar la del *acto* por implicar siempre los dos niveles discursivo y motor, aun cuando su resultado final es siempre la transformación de lo real.

⁹ Desde ahora es importante diferenciar entre historia social e historia "individual", ya que su congruencia a nivel de cada individuo será uno de los pivotes del mecanismo que estudiamos.



universo humano civilizado. Esta actuación, raras veces inocente aun cuando no siempre perversa, es una forma de violencia en cuanto se da "contra la voluntad" de los sujetos a los que así se somete, es decir sobre la base de desacuerdos entre diferentes niveles objetivos y subjetivos (sobre los cuales regresaremos) para edificar o consolidar el poder de quienes someten. En efecto, cualquiera sea su nombre, lo que llamo poder, autoridad, violencia, etcétera, implica siempre dos componentes complejos: el que lo ejerce y aquel sobre el cual se ejerce, para bien o para mal, dependiendo de los "intereses" que comparte con el primero. La inclusión del segundo término, "moral", especifica el medio del poder ejercido y precisa la mediación entre los dos componentes mencionados, que ya vimos son la imagen de quien ejerce la autoridad; para descomponer los momentos que incluye la formularé ahora como imagen-modelo: la que se impone y la que se avala, con sus dobles dimensiones de imagen y de modelo.

Complejizando mucho, puesto que pasamos de obras, subjetivas por cierto pero ya configuradas, a sujetos en acción, recordaré que

por más paradójico que parezca, es sólo a partir de la imagen que la imagen-modelo deviene en imagen —y sin embargo, la imagen no es otra cosa que la manifestación del modelo.¹⁰

Podemos reconocer aquí tres niveles-momentos de esta mediación: *imagen modelo* en cuanto tal mediación; *modelo* desde el componente que ejerce el poder y manifiesta su propia persona a partir de su propio cuerpo, físico y social, de sus decires y de sus haceres que conformarán justamente la imagen-modelo, e *imagen* desde el componente sobre el que se ejerce el poder y que debe corresponder a los ideales y valores de sus diferentes miembros, determinados en sus características más generales, por su cultura, o sea, lo que Freud llama ideal del yo en *Psicología de las masas y análisis del yo*, instancia que cambia dependiendo del contexto social específicamente estudiado.

¹⁰ Gadamer, *op.cit.*, p. 70, traducción mía.

Como nos lo dice la primera parte de la cita que me sirvió de punto de partida, sólo si la imagen-modelo corresponde a la imagen-ideal del yo¹¹ podrá ser eficaz la autoridad moral del modelo subyacente; dejando sin profundizar más lo que implica y permite, me limitaré a recalcar por lo tanto la correspondencia, para no decir la identidad,¹² constitutiva de ambas imágenes, sin pasar por alto dos comentarios:

1. si bien según los diferentes contextos y momentos el antagonismo entre los dos grupos que delimitan el ejercicio del poder es más o menos marcado, aun en los casos de mayor incompatibilidad, como podría serlo el de las clases antagónicas, debe existir un espacio común en el cual prevalecen unas *mismas* características de dichas imágenes. Esta

¹¹ Dejaré de lado la influencia que puede ejercer aquella sobre ésta por no afectar —lo que no demostraré— mi objetivo central.

¹² Aun cuando no sería grave obviar aquí que la imagen-modelo es siempre concreta mientras la imagen-ideal del yo es una categoría abstracta, tal reducción podría consistir en un obstáculo en otro momento.

observación me parece particularmente importante para relacionar esta temática específica con la problemática mayor, de la cual constituye un elemento de la ideología, esencialmente en el debate todavía candente sobre la relación entre ideología dominante e ideología dominada. Sustituyendo la parte al todo, o sea "imagen" a "cultura", no para relacionarlas unilinealmente sino para establecer homología del tipo imágenes dominantes: imágenes dominadas; cultura dominante: dominada, suscribiría, tanto para aportar un nuevo elemento en su apoyo como para delinear una cierta vertiente de investigación, esta tesis todavía vigente¹³ de R. Establet:

Se concibe entonces lo que significa exactamente cultura dominante = cultu-

¹³ Ver, por ejemplo, "la *universidad* de la ideología dominante (...) se arraiga en la necesidad de construir, a pesar de su antagonismo, un 'mundo' ideológico común a los exploradores y a los explorados" (E. Balibar e I. Wallerstein, *Race, nation, classe, Les identités ambiguës*, Ed. La Découverte, Paris, 1990, p. 12, traducción mía).



ra de la clase dominante. No se trata de la difusión universal, de los modelos de comportamiento de la clase cultivada, sino, por el contrario, de la posición de estos modelos como punto de referencia exclusivo en función del cual los otros modelos deben definirse necesariamente, y en función de los cuales (es decir, de los modelos de comportamiento de la clase cultivada) se definen hasta en sus inadecuaciones. Culturalmente dominante es la clase que impone su "cultura" como referencia, definiendo de este modo todas las "relaciones de sentido" derivadas en una formación social definida ("Cultura e ideología", *Cahiers marxistes-léninistes*, publicados por el Círculo de Estudiantes Comunistas de la Ecole Normale Supérieure, N°12-13, julio-octubre de 1966, traducción de G. Giménez M.).

2. la factibilidad de este mecanismo de poder, específico en cuanto éste se ejerce por medio de una imagen, siempre presente aun cuando más o menos determinante, descansa sobre la selectividad propia del modo de aprehensión humana de lo real que consiste en privilegiar ciertos elementos sobre la infinidad de los que constituyen una situación o una característica. En el caso que nos ocupa —y por aquí relacionamos este tema a otra problemática más amplia de la cual constituye igualmente un elemento, la de las identidades— se privilegiará siempre los elementos *comunes* a estas dos imágenes, descartando por deformación o simplemente silencio que puede ser omisión u olvido, los que podrían señalar diferencias; a eso se añade la yuxtaposición de valencias positivas o negativas, atribuidas a estos rasgos, según los casos. Así, los diferentes rasgos "positivos", capaces de cohesionar unas partes, vienen acompañados con su contrapartida: el desprestigio, la calumnia, etcétera, aunados a su cortejo de chismes y rumores de los que no pertenecen al grupo de referencia o que, más allá de la mera fe ciega, piden respaldo objetivo, material o racional de los dichos.

Por el contrario, en la segunda parte de esta misma cita, si bien la imagen es la manifestación del modelo, no hay forzosamente correspondencia entre éste, no unitario por ser sujeto, y su manifestación, la imagen-modelo. Más



todavía, es tal discordancia real, y, creo, normalmente¹⁴ factible, subyacente a su equiparación discursiva, lo que permite la eficacia del mecanismo, posibilitando el ejercicio de la autoridad moral en detrimento de toda ética.

Regresamos pues sobre la complejidad, ya señalada, que implica pasar al nivel de sujetos que el psicoanálisis nos enseña estructuralmente divididos por la *Spaltung*,¹⁵ mientras que nuestra experiencia, y el sentido común que la institucionaliza, enfatizan el hecho, por más paradójal que parezca, que son sujetos "suelos", en el sentido justamente de "no sujetos",¹⁶ o sea que ejercen un cierto dominio sobre sus actos. Esta doble característica que tienen los sujetos de ser a la vez divididos y "suelos" es la que da pie a la no coincidencia del modelo y de la imagen-modelo por la doble posibilidad de hiato que encierra la *manifestación* del modelo según prevalece en éste uno u otro de sus componentes.

Por el lado subjetivo, el hiato que posibilita la dehiscencia entre el sujeto de la enunciación, el *je*, sometido al principio de placer y a su más allá, la pulsión de muerte, que el propio sujeto desconoce, y el sujeto del enunciado, el *moi* de las identificaciones narcisistas, pero también del principio de realidad, el yo, fuente de todo desconocimiento.

Por el lado intersubjetivo, el hiato que implica el dominio incontestable, si bien limitado, que éste tiene sobre sus enunciados que es el único en poder

¹⁴ Este "normalmente" podría apuntar a la personalidad de base, tanpreciada por algunos representantes de la Escuela de Cultura y Personalidad. Es otra forma de retomar el sentido más vulgar que implica hablar de "persona normal", de "normalidad", o sea de calificar así al tipo de persona que responde a lo que la mayoría presente espera de todo integrante para poder seguir funcionando como tal, o sea al tipo de sujeto que toda unidad social requiere para reproducirse. En este punto se abre una vía para abordar el problema del "anormal", estrechamente relacionado con el problema de la enfermedad mental, recordando que *les non dupes errent* (ver J. Lacan, "El amor, 'Les Non Dupes Errent'", *Lust*, N°1, sin fecha).

¹⁵ Me limitaré a señalar que en este punto se abre una nueva vía de investigación de los mecanismos que permiten explicar el ejercicio del poder que ejercen las personalidades carismáticas a partir de su característica de presentarse como vehículo de la unicidad.

¹⁶ M. Molner, *op. cit.*, tomo II, p. 1225'





garantizar... o no; para repetir libremente un chiste judío utilizado por Freud: ¿por qué me dices que vas a Cuernavaca para que yo crea que vas a Morelia cuando efectivamente vas a Cuernavaca?

Así, este modelo siempre doble¹⁷ y árbitro de su exteriorización tiene varias modalidades de manifestación cuando se toma en cuenta el triple registro de las imágenes que de él se pueden desprender a partir de sus tres niveles SUJETO (DE LA ENUNCIACION/DEL ENUNCIADO)/OTRO. Esta última denominación, *Otro*, nada arbitraria para el

¹⁷ Al privilegiar la división subjetiva *je/moi*, podría parecer que se trata de dos unidades comparables y articuladas homotéticamente. De hecho, a nivel de una de sus manifestaciones enunciación/enunciado, en la cual me quedaré aquí, podría sostenerse tal reduccionismo. Pero es importante hacer observar, particularmente para todo estudio posterior de las identidades, que el *moi*, yo, lejos de ser homogéneo, o sea de constituir una unidad, no es una expresión mecánica y unilineal del *je*, que a su vez es más sugestivo —si bien igualmente inexacto como lo es toda representación— representar como un dispositivo que no es muy atrevido caracterizar como descante.

psicoanálisis lacaniano, en el cual me veo obligada a transitar cada vez más, es otra forma de la palabra imagen cuando ésta corresponde a la imagen-ideal del yo y está determinada por la cultura contextual; es, pues, igualmente, el lugar del reconocimiento social.

Esta triplicidad de niveles marca las bisagras a partir de las cuales se posibilitan las concordancias o divergencias entre las manifestaciones de las tres partes constitutivas del modelo. La caracterización puntual de estos diferentes casos nos regresará a nuestro punto de partida, la autoridad moral, después de haber dado el último rodeo para introducir, desde una perspectiva ligeramente diferente, ya que centrada ahora sobre las relaciones teóricas "individuo - sociedad", la problemática de la ética.

Los tres niveles explicitados nos permiten destacar el nivel nodal de articulación que tiene el sujeto del enunciado, el *moi*, yo, entre las dos dimensiones, "individual", representada por el sujeto de la enunciación, y "social", representada por el Otro. Las tres características del yo, el ser un sistema ideacional, el ser el criterio de realidad, y el haberse

constituido imaginariamente a partir de identificaciones, todas supeditadas a la lógica del significante, son las mediaciones privilegiadas entre ambas dimensiones, en general, y en lo que las caracteriza específicamente: la noción de placer, realización de la satisfacción, en lo que se refiere a la dimensión "individual", y la noción de bien, legitimación ideológica de todo lo que coadyuva a la reproducción social, en lo que se refiere a la dimensión "social".¹⁸ La problemática de la ética se ubica justamente en el campo teórico delimitado por estas dos categorías del placer y del bien, que me limitaré a precisar un poco más a partir de dos preguntas formuladas por J. Lacan, quien, en mi opinión, posibilitó un nuevo acercamiento, más acá de la filosofía, a este viejo problema filosófico de la ética: ¿"Qué debemos hacer para actuar de una manera derecha, siendo lo que es nuestra condición de hombre?"¹⁹ y, además,

¿Por qué, después de todo, los estudiosos de la ética deben regresar siempre al problema enigmático de la relación del placer con el bien último, en lo que dirige la acción humana en cuanto es moral? ¿A qué se debe la exigencia interna que construye a este estudioso a intentar reducir las antinomias que se enlazan con este tema? —tomando en cuenta que el placer aparece en muchos casos como el término opuesto al esfuerzo moral, y que, sin embargo, debe encontrar en éste la referencia última a la que el bien que orientaría la acción humana debe reducirse.²⁰

Regresemos pues a nuestros tres niveles. Sujeto (de la enunciación/del

¹⁸ Es importante precisar que cada uno de estos términos puede ser igualmente considerado desde la dimensión que no es propiamente la suya, aun cuando el alcance de esta precisión es diferente para cada caso. Así, el placer tiene una dimensión social puesto que si bien sólo un sujeto puede sentir placer, las fuentes de éste serán determinadas en gran parte socialmente. Paralelamente, el bien, a nivel del individuo que se desenvuelva en varios contextos, a veces contradictorios, no es homogéneo y puede ser, para cada individuo, fuente de conflictos entre diversas lealtades.

¹⁹ *Le Séminaire*. Livre VII. *L'éthique de la psychanalyse*, Editions du Seuil, Paris, septiembre 1986, p. 28, traducción mía.

²⁰ *Ibid.*, p. 46, traducción mía.



enunciado)/Otro. La coincidencia de sus manifestaciones es premisa de toda ética en donde el placer, adecuación de los dos primeros niveles en la realización de la tendencia corresponde al bien, en la adecuación de los segundos dos niveles en la persecución de lo que cada sociedad y/o grupo humano define como favorable a su reproducción; lo que "yo" dice concuerda con lo que "yo" hace, y corresponde tanto a lo establecido por los demás miembros del grupo en el cual "yo" dice y hace, como a su deseo más primario. Toda consideración cuidadosa sobre tal aseveración nos conduciría a considerar la ética como un concepto que designa una realidad tendencial y a privilegiar su actualización en el acto. Es el único contexto en el cual la "autoridad moral" deja de ser un artificio, consciente o inconscientemente formulado, para limitarse a expresar una situación hipotética, ya que cabe preguntarse si no se invalida entonces la realidad que denota el significante "autoridad". Es, asimismo, uno de los pocos casos en los cuales lo real vuelve sobranste la eficacia de sus denotaciones.

La discordancia entre las manifestaciones de los primeros dos niveles, acompañada por la coincidencia de los segundos dos en la búsqueda del bien, remite al campo de la moral en el cual el sujeto actúa de acuerdo con las normas establecidas en detrimento de su placer. Si bien en función de esta adecuación se puede efectivamente hablar de autoridad moral, dándole todo su peso a la primera palabra, el desacuerdo subjetivo implica que el equilibrio inestable conduzca, a corto o largo plazos,²¹ a la segunda variante del caso siguiente que contempla la divergencia entre los segundos dos niveles.

Si bien esta divergencia entre los segundos dos niveles puede llevar aparejada la correspondencia de los primeros dos,²² lo más común, lo que nos caracte-

²¹ Bien lo sabe el sentido común y lo expresa bajo varias formas. Entre éstas me parece particularmente significativo recordar un dicho, que por cierto me fue muy difícil reconstruir, aun con la colaboración de un número sustancial de compañeros: "El que no es revolucionario a los veinte años es un imbécil, el que lo sigue siendo a los cuarenta lo es doblemente"; pero quizá es más alentadora esta otra versión: "Todo joven de veinte años se cree revolucionario; sólo él que lo es a los cuarenta lo era".

²² Por rayar este fenómeno con los de cinismo y Kinismo, les remito al texto de Slavoj Žižek, "Acercas del poder político y de los mecanismos ideológicos", *Cuicuilco*, N°21, abril-junio de 1988, ENAH, México.



riza como animales simbólicos sociales, sujetos por y en la ideología, es justamente que esta inadecuación sea fundada en la inadecuación de los primeros dos niveles que ya presenté. Es éste el dominio del engaño, campo privilegiado de la vida social, que se agudiza todavía más cuando empieza a fallar el orden simbólico que regula lo imaginario de los sujetos y que las diferencias socioculturales tienden a borrar-se mientras se agudizan las diferencias económicas. Me atreveré a afirmar que la situación bien conocida que privilegia la negociación, la que presupone a su vez el estandarte de democracia, como mecanismo político regulador de todo conflicto, es particularmente propicia para que se dé este caso. Se podría decir que mientras que en el campo de la ética los medios justifican el fin, en éste el fin justifica los medios, generalmente no explicitados. Es cuando empieza a imperar el significante "autoridad moral" sin respaldo o, más exactamente, sin necesidad de respaldo en lo real. Es cuando, en tanto significante compuesto por dos unidades, se subsume por entero a la primera.

Pero ya es tiempo de concluir y por eso dejaré de nuevo la palabra a J. Lacan, aun cuando la cita será libremente reconstruida:

Todo juicio ético descansa sobre la pregunta: ¿has actuado conforme al deseo que en ti se aloja? A este polo del deseo se opone la ética tradicional que pasa de la búsqueda del bien al servicio de los bienes. Envilecimiento del deseo, modestia, tibieza; se trata de saber sobre qué medir esta vía mediana. Un examen cuidadoso muestra que su medida es siempre profundamente ambigua. En fin de cuentas, el orden de las cosas sobre el cual pretende fundarse es el orden del poder, de un poder humano, demasiado humano. En lo que concierne al deseo, la posición del poder, cualquiera sea, en cualquier circunstancia, en toda incidencia, histórica o no, siempre ha sido la misma. La moral del poder, del servicio de los bienes es: *En cuanto a los deseos, no pequen de ingenuos. ¿Que se esperen.*²³

²³ *Op. cit.*, pp. 362 y 363, traducción mía.

